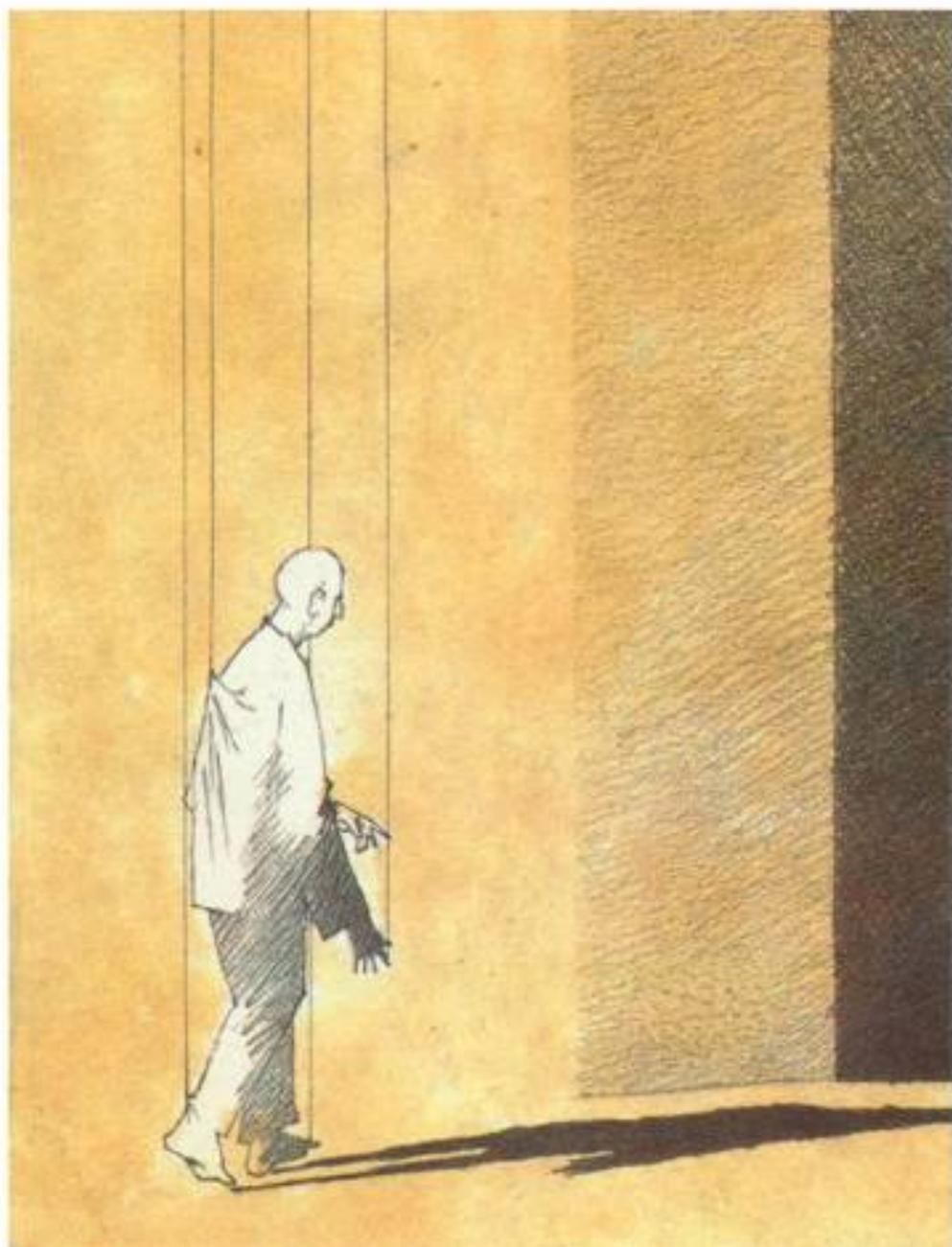


LIBERTAD Y LOCURA

Luis Carlos Restrepo



Bajo la embriaguez del racionalismo dogmático, la *libertad* no es más que la designación inapropiada de las causas de lo que nos sucede, negándosele cualquier connotación existencial a la noción de azar, expulsada como por arte de magia tanto del mundo de la cultura como del reino de la naturaleza.

Para el psiquiatra y filósofo Luis Carlos Restrepo, la libertad implica, al contrario, una pérdida transitoria de la seguridad que da lo conocido y un adentrarnos en la inestabilidad y el azar. Ejercitar la libertad es permitir los brotes anárquicos de la subjetividad, dándole cabida al juego y a la fantasía. Sin embargo, esta convulsión que acompaña al crecimiento de la conciencia puede ser vivida con intensa angustia, considerándose la peligrosa e indeseable. Es entonces cuando nos convertimos en nodrizas de nuestros temores, apareciendo el círculo vicioso que configura la enfermedad mental.

Confrontada tanto en su aspecto conceptual como en sus prácticas terapéuticas, la *psiquiatría* se ha visto descubierta aplicando un sistema asistencial por completo inadecuado y unos criterios equivocados acerca de lo que entiende por salud mental.

Para Luis Carlos Restrepo, una redefinición de la enfermedad mental debe alejarse de la función de tutela y de defensa de la norma, retomando con toda su problematicidad el universo de la locura, a fin de acceder a nuevos marcos conceptuales donde las relaciones entre *Libertad y locura* puedan de nuevo ser pensadas.

*“En mi pecho luchan siempre...
el miedo y la libertad”*

EDUARDO GALEANO

EXORDIO

Este libro nace de una necesidad interior. Es un grito inaplazable que confirma que a pesar de los dolores, el miedo y las ausencias, aún sigo vivo. Él brota con la fuerza de un surtidor que después de labrar dolorosamente su cauce, rompe la corteza de la tierra para danzar al fin a la luz del sol.

Diálogo vital con la locura, nace de la vida y a ella le pertenece. Síntesis de lo que he vivido y bebido en las fuentes de la cultura, es un intento por responder a esa extraña exclamación de un orate vehemente que deambulaba por el centro de Bogotá: "¿Loco yo?... ¡Qué va! ¿No ven que el mundo está al revés?..."

"¿Loco yo?... ¡Qué va!"

PRIMERA PARTE: PERFILES

Al comienzo era un sueño

Con una sensación de pesantez en la garganta, Silvana despertó después de una noche bastante agitada. Fija al lecho, confusa todavía, suspendida en una atmósfera flotante de figuras vaporosas e ideas inconclusas, empezó a reconstruir aquel terrible sueño. Era un salón inmenso, alumbrado a media luz por lámparas fluorescentes, atiborrado de sillas vacías que se extendían hasta la oscuridad en una sucesión de hileras sin fin que comenzaba allí, donde Silvana, silenciosa, abandonada del sonido y las palabras, permanecía sentada cual muda espectadora. Frente a ella, avanzando hacia un pasillo luminoso que titilaba al extremo, una silueta de cabello ondulado y tacón puntilla caminaba a paso corto sin producir sonidos. La baldosa devoraba sombras y un silencio cargado de temores asfixiaba los sentidos.

Por esa funesta intuición que dan los sueños, sabía Silvana que algo fatal ocurrirá. No sentía sin embargo angustia. Estaba allí, atrapada en un instante sin tiempo donde ya nada podía cambiar, donde a lo mejor el futuro ya había sucedido.

Aunque se sabía sola, tenía la sensación de estar desnuda en medio de una multitud que la observaba con lástima y desprecio. El auditorio seguía vacío y la rítmica figura, enfundada en un abrigo tinto, continuaba su avanzar ameboideo.

Súbitamente rompióse la monotonía. Se colapsó la sala, creció hasta encandilar la luz del pasillo y, encerrada en su rígida coraza, supo Silvana que la mujer que avanzaba era

Marina. No se dio cuenta cuando apareció aquel hombre de batola blanca porque su atención la había raptado la respiración jadeante de su madre que, al igual que en noches lejanas en brazos de su amante, parecía combinar el placer y el llanto. Pero el hombre estaba allí, opaco su rostro, tenue su voz, claro su mensaje. "Todo está decidido", dijo, mientras su cuerpo comenzaba a convertirse en torbellino. Diluido por el vértigo, desapareció sobre el contraluz repitiendo con firmeza: "Se hará; se hará; se hará por su cabeza".

Nadie oyó su grito en la madrugada, nadie escucharía tampoco su relato. Más aún, a nadie se lo contaría. El sol que se colaba por la ventana, el afiche *pop* tras la puerta, su cama, su cuerpo, no eran ya los mismos esa mañana. Una pesada carga de incertidumbre acechaba sus pensamientos y una inmovilidad aplastante ligaba sus músculos al lecho. Por un momento creyó ridículo pensar más en el asunto, pero al instante volvió sobre el mismo tema. ¿No era acaso posible que su madre se hubiese confabulado con un hombre para cortarle la cabeza?

En sus dieciséis años de existencia, incontables veces había escuchado de boca de Marina que era una hija indeseada, un estorbo, un accidente. Producto de una noche pasajera de lujuria, se aferró con intensidad inusual a una vida que le fue negada por la carne que la gestaba. De nada sirvieron las maniobras abortivas, las maldiciones, el llanto. Con la exuberancia de la hiedra se aferró a las laderas de un vientre inhóspito, como después defendería su exiguo rincón entre los hombres, soportando silenciosa aludes y tormentas.

Sus ojos brillantes y huidizos pronto se acostumbraron a la oscuridad de los inquilinatos y a las largas horas de espera en el corralito de madera donde discurrió su infancia confinada. Allí lloró muchas veces de hambre y de temor hasta caer, rendida por el sueño, presa de un sopor vegetante cargado de abandono.

Cuando creció y conoció más y más rostros, respondió siempre a los demás con una sonrisa estereotipada y evasiva que, al igual que su cuerpo tensionado, exacerbaban la furia de Marina. Seca de carnes y tartamuda, se sintió incapaz de comprender los gestos grotescos de los hombres que parecían contradecir con su actitud lo que afirmaban con sus palabras. Desconcertada, ambicionaba compartir su vida con los otros, pero al acercarse a su intimidad sentía envenenarse con un aire enrarecido. Solitaria, día tras día se encerró más en su propio mundo. Con el tiempo le dio la razón a Marina y creyó que no era más que una carga y un estorbo. Rumió entonces su silencio y escondió para siempre sus deseos e inquietudes. A nadie comunicó su pánico cuando por primera vez un fluido cálido y rutilante se dispersó entre sus muslos y en su pubis, cual tinte de vergüenza por un pecado nunca cometido. Nada dijo cuando empezó a escuchar las voces insultantes que emergían de la oscuridad de su cuarto y, como era de esperarse, nada diría ahora del complot que urdían en su contra. No cabía duda. Su madre había pactado la venganza con el verdugo.

Tal fue su sensación de indefensión que todos los seres se tornaron sospechosos. Ellos, a su vez, entendieron cada vez menos sus palabras y nunca pudieron comprender por qué Silvana interponía entre piel y piel tantas distancias. Rotos los diques de la razón, en la mente de Silvana no hubo ya diferencia entre el día y la noche, entre la vigilia y el sueño. A plena luz del sol, sus pesadillas se repetían con caracteres cada vez más brutales. Corría la sangre de su cuerpo desmembrado mientras la cabeza era pisoteada por las multitudes. Pesaba como plomo su piel de paquidermo y sus ojos, libres de control, se exaltaban o perdían llevados por la marejada del delirio o la embriaguez de la alucinación. Sus pensamientos, veloces en ocasiones y marchitos en otras, habitaban en símbolos hieráticos mientras jugaban con sucesiones fantasmales de figuras barrocas para las que nada interesaban las personas o las cosas.

Quienes la visitaron en los frenocomios, la vieron en actitud inmóvil, musitando palabras oscuras y deshilvanadas, rasgada su emoción por risas incoercibles y gritos desoladores. Con los años, un abismo insondable la distanció de la manada humana y, al alejarse de ella, los últimos destellos de razón se marchitaron.

Hoy llueve. Un fino tamborilear de gotas percute en el tejado, mientras en el hospital las gentes laboran perezosas. La mañana está brumosa y un viento frío desciende de la montaña a la llanura. En una desértica sala interior, presa de vibrátil inquietud. Marina espera mientras sus manos se anudan y desatan en un *rictus* caprichoso. A su lado, mutista, inexpresiva, está Silvana sin tiempo ni cronología.

Cuando aparece en el pasillo el hombre de blusa blanca y manos embolsilladas, Marina se levanta con nerviosismo y, a paso titubeante, corre a su encuentro. Silvana permanece indiferente en su butaca.

—¿Qué decidieron doctor? —pregunta apresurada.

—Muy poco podemos hacer por ella —responde el practicante, apretando al final sus labios con firmeza—. Es una esquizofrenia procesal y ante el fracaso de los medicamentos, el único recurso que nos queda es la lobotomía.

Marina guarda silencio sin prestar atención a las explicaciones que da el hombre de voz plana. Responde con parquedad a su despedida y, sola en la sala, mira con rabia contenida a su hija, mientras dice en voz baja con desprecio: “Lo sabía, lo sabía; siempre supe que terminarías como una estúpida”. Ausente, Silvana continúa indiferente a su destino.

El sopor del asilo

Salí apresurado del hospital a tomar el último bus que partía para la capital. El reloj marcaba las tres cincuenta y siete de la tarde y el sol abrasaba la tierra calcinada del valle, sedienta después de tantos meses de verano. No más de cinco pasajeros ocupaban la flota intermunicipal, apilonados en las sillas delanteras, entretenidos en una conversación monótona y fútil con el ayudante del conductor. Sediento de viento y de silencio, me alejé del grupo y escogí un lugar al lado del ventanal, embebiéndome en la contemplación del paisaje. Lerdo y pegajoso, como el vaho de la tarde, el bus reinició la marcha, dejando escapar el metálico lamento de sus latas desgastadas por el tiempo. Entre las sillas de lonas desgarradas se fueron perdiendo las voces campechanas, mientras, presa de un sopor embrujador, quedé absorto contemplando la lejanía.

En el valle de Armero es frecuente encontrar, esparcidos al azar, montículos caprichosos que semejan dólmenes megalíticos construidos por una cultura milenaria. A lado y lado de la vía se levantan picachos finamente recortados, pagodas de diseño laborioso pulidas por el trazo de un desconocido artesano. En la tarde, bajo un cielo diáfano e impecable, abrasa el calor del trópico mientras la piel abre sus poros en busca de respiro. El aire fresco, penetrando cortante por la ventana, despertó en mí una plácida sensación de libertad. Me sentí extraño, como asistiendo a un inesperado renacer. Llevaba muchos días, en faena agotadora, conviviendo de sol a sol con la locura. Cada día, cada

hora, decenas de seres me ofrecían sus delirios y universos descuajados, alucinaciones e incomprensibles melodías, a las que debía responder sin abandonar el sitio estricto de la lógica. Obligado a una alerta permanente, temeroso de perder más límites al entregar afecto, me sentía en ocasiones incapaz de metabolizar en pensamientos esa carga desbordada de sinrazones. Ahora ya no había tensión ni había impostura. Era otra vez el viajero desprevenido, con los sentidos abiertos a la vida, sin pretensiones de verdad, desinteresado de la pragmática eficiencia del médico. En el amarillo transparente de la tarde reconocí de nuevo la placidez de los espacios sin muros, la caricia del sol contra la piel, el susurro de la ventola y el vaivén diluyente de la velocidad.

No habían transcurrido tres kilómetros de viaje cuando el ayudante del bus me solicitó la cancelación del pasaje. Recibió el dinero con maña rutinaria y dirigióse hacia la portezuela delantera, convencido de haber tratado con el último ocupante. Pero una insinuación del conductor le hizo virar y avanzar de nuevo, ahora con gran rapidez, hacia la parte trasera del vehículo. Al momento escuché una discusión tenue, de frases secas, que enfrentaba al cobrador con un inesperado pasajero. Escudriñé, con curiosidad, el sitio donde el dúo conversaba y vi al instante una mano lánguida que entregaba al mozo un billete arrugado, que éste guardaba con gesto displicente. Levanté un poco más la cabeza para descubrir tras las sillas al extraño, y cuál no sería mi asombro al encontrarme con ese rostro.

Era una mujer joven, de raza negra y labios carnosos, que no alcanzaba los veinte años de edad. Hospitalizada en nuestra institución desde hacía algunos meses, su situación empezaba a desesperarnos. Recorría con trémulo quejido los pasillos del asilo, lamentándose de su muerte prematura. Aseguraba haber fallecido años atrás y cargar con la desgracia de no haber recibido cristiana sepultura. Gritaba con insistencia que no sentía la piel y que el olor putrefacto

de su cuerpo la perseguía. De sus ojos tristes no brotaba ninguna esperanza.

Sólo una vez, por breves segundos, vi aparecer en su rostro una sonrisa. Mediaba la mañana. Trataba de convencerla de lo absurdo de su delirio y ante la insistencia de no sentir la piel, hurgué con fuerza la carne de sus brazos, hundiendo la yema de mis dedos con tal intensidad que temí exhalara de pronto un grito de dolor. Pero, en contra de lo esperado y después de algunos segundos de impavidez compartida, una brizna de felicidad alumbró su rostro y mientras sus ojos brillaban, me dijo con emoción casi infantil:

—¡Lo siento! ¡Lo siento! ¡Estoy viva!

Desde que la conocí, le había cobrado especial afecto. Llegué a creer que ese ser sin tacto necesitaba con urgencia una caricia que la reanimara y una madre que la estrechara contra su cuerpo y otra vez le amamantara. Por eso, muchas veces la desnudé para frotar su piel y arrullarla al vaivén de una hamaca. Pero, confrontado por mis colegas que me miraban con sorna y atropellado por los temores que me asaltaban, desistí con los días del intento, cediendo a las presiones de la institución que, al no evidenciar mejoría, urgía la utilización de procedimientos radicales. Ni las altas dosis de psicofármacos, ni las continuadas sesiones de electroterapia, pudieron sin embargo silenciar sus demandas. Hundido en mi impotencia, discretamente alejado de ella, la veía día tras día deambular por el manicomio gritándonos su monótono delirio.

Esa mañana se había acercado cuando realizaba la revista matutina y solicitado le autorizara la salida. Aunque uno tras otro habían fracasado los intentos terapéuticos y en mis adentros estaba seguro de la inutilidad de los fármacos que recibía, un recóndito temor me impidió abrirle las puertas del asilo. Recordé que en otras ocasiones había llegado al hospital brutalmente golpeada por los transeúntes o la policía, quienes la abandonaban a las puertas de la institu-

ción después de ultrajarla sexualmente. Su familia nos era del todo desconocida. Por referencias de terceros sabíamos que su madre tenía un pequeño negocio en el puerto fluvial de La Dorada, donde había hecho pública su negativa de hacerse cargo de la demente. Confieso que no la creí entonces capaz de soportar la rudeza de la vida urbana y, con visión paternalista, consideraba que al menos bajo nuestro cuidado tendría techo, comida y un poco de afecto. Quizá guardaba todavía la esperanza de una mejoría y, haciendo suyas mis razones, preferí declararla impotente y negarle lo que con insistencia me pedía.

Ella, por supuesto, no entendió ni compartió mi negativa. Y allí estaba, con su batola de demente y, por primera vez, los ojos llenos. Me quedé mirándola hasta que se topó con mi rostro. Pensaba que respondería a mi presencia con culpa y ansiedad, pero, contra todos los augurios, al verme su cara se tornó radiante. Con rapidez se levantó de su silla y llegó hasta mí con una sonrisa y felicidad nunca antes conocidas. Se sentó a mi lado y, cogiendo mi mano entre las suyas, me preguntó como una chiquilla encantada:

—¿Y usted también se voló?

Contuve la sorpresa. Escondí mi desconcierto y a su lado, cual si se tratara de una extraña, le conté que debía regresar después de un corto viaje a responder por mi trabajo. Al final, después de una pausa prolongada, bajo el impacto de su silencio y sus ojos fulgurantes, agregué con timidez y vergüenza:

—Tengo que regresar. Yo soy el médico.

Como si no entendiera mis palabras, me miró con tristeza y con voz entrecortada replicó:

—Yo sí no vuelvo... ese olor me espanta.

El viento se estrellaba en nuestros cuerpos. Sonrió de nuevo y mientras rozaba su piel contra mi piel, dejó perder la mirada en la profundidad.

La palabra que enajena

Intentaré reconstruir la historia. Cuento para ello con algunos fragmentos de su hoja clínica, remitidos del Hospital Psiquiátrico de Sibaté al de Armero en fecha cercana a 1973, para que el paciente continuara en este centro asistencial su tratamiento. Algunas notas posteriores, producto de sus visitas ocasionales a la consulta externa, completan la información documental que precedió a mi encuentro con Ricaurte en 1981. La primera nota de la historia clínica, a la letra, dice:

“Natural de Armero y procedente Cambao, quien ingresa por primera vez en agosto de 1957, a la edad de 15 años. Al examen se encuentra enfermo pasivo, sin conciencia de enfermedad mental, sin iniciativa, actitud ideativa elemental, parca y trabajosa. Estigmas degenerativos. Indiferente, alelado, se ignoran las causas de su ingreso. Impresión Diagnóstica: Oligofrenia, Imbecilidad. Se trata con terapia electroconvulsiva”.

Leamos entre líneas e intentemos transformar estas palabras en imágenes. Un hombre joven deambula por el asilo, sin que nadie conozca las razones de su ingreso. Al observarlo, el médico no encuentra ningún rasgo que evoque su condición humana: parece más bien un subproducto de la naturaleza, un imbécil, un degenerado.

Esta palabra, que hace referencia a factores “genéticos” y de herencia para calificar al diferente, ha sido durante muchos años utilizada por la medicina para aislar y degra-

dar a los que considera incurables y potencialmente contagiosos para la sociedad. "Degenerados" se llamó antaño a los leprosos, tuberculosos y sifilíticos, tratando de mostrar como diagnóstico imparcial y científico lo que no era más que un juicio de valor. El "estigma degenerativo" que el galeno cree descubrir en el paciente, así no conozca nada de su pasado, hace referencia a su vida anterior y, más aún, a la forma como sus padres lo concibieron. A lo mejor mestizos que copularon con hambre, sin bendición matrimonial, animados por el alcohol en medio del jolgorio de una fiesta campesina. Para decirlo con crudeza: aquellos mismos que, en lenguaje popular, se denominan malparidos.

Indiferente a la presencia del médico. Ricaurte no debió responder a las preguntas que éste le formuló sobre su infancia, su familia, sus proyectos y prospecciones. Tal fue la razón para que lo llamara "alelado" y calificara su pensamiento de elemental, parco y trabajoso. Es fácil imaginar la irritación del profesional, invadido por un confuso sentimiento que combina la compasión y el encono: nada angustia más al ser humano que encontrar a otro que lo niega, que al desconocer sus valores y preocupaciones actúa frente a él como un vacío de tiempo. Protegido por el poder de la ciencia, el médico transforma su desprecio en diagnóstico, llamándolo imbécil y oligofrénico. Arrogándose el derecho de despertarlo al orden social, lo violenta en nombre de la cultura: para ello nada más reanimador que un choque eléctrico. Su cerebro recibirá un baño de energía para que la abulia desaparezca.

Pero a pesar de los requerimientos de la medicina, el hombre permanece indiferente:

"Enero de 1958. Se aplicaron tres electrochoques y se intervino de una afección hemorroidal. Se encuentra apático, indiferente, deteriorado afectiva e intelectualmente, carente de iniciativa, prospecciones intrascendentes, risas